



"En el nombre del Padre", de Marco Bellocchio.

Íncula incomprensible. Porque lo que se pretende como narración "libre" y "moderna" no es aquí más que un caos.

Con todo ello se ha perdido lo único que "Sebastiane" podía ofrecer: una cierta coña, un espectáculo delirante. Lo que en definitiva acaba siendo, pero dándole la vuelta a la película, entendiéndola desde otros planteamientos; es decir, lo que no hay de humor lo hay de grotesco y aburrido. ■ DIEGO GALAN.

## "Nel nome del Padre"

La última obra de Marco Bellocchio estrenada entre nosotros fue "Locos de desatar". Con cierta puntualidad —dados los tiempos que corran— pasaron la censura franquista dos trabajos de este autor que en su día levantaron ampollas en Italia: "I pugni in tasca" (1964) y "La Cina è vicina" (1967). Con "Nel nome del Padre" la racha de liberalidad relativísima se cortó, porque era película "de curas", y ello siempre resulta resbaladizo cuando en el poder está quien está.

"Nel nome del Padre" abarca dos discursos característicos de Bellocchio, ya patentes en sus films primeros: el poder con su fanfarria grotesca, el desequilibrio psíquico que rompe el terso cristal del orden. Con sarcasmo furioso, Bellocchio sitúa la acción en un internado de mozaletas —bien regido por jesuitas, en los últimos meses del pontificado de Pío XII—. Las relaciones de poder, de poderillo, los trucos, chivatazos, rencillas, desplantes y humillaciones de alumnos, prefectos y subalternos, dan pie para ir definiendo el conflicto central entre un joven nietzscheano y el vicerrector a propósito de la coherencia del reglamento. Lejos

de intentar una clásica película "de internado", fácilmente satírica contra la enseñanza preconciliar, Bellocchio orienta su análisis hacia la personalidad del inconformista: análisis bien pertinente de contemplar hoy, contemporáneamente a tantos grupos terroristas "iluminados"; el protagonista del film, convertido en líder, busca subvertir el orden de la institución a fin de demostrar que no es orden suficiente, que se queda a medias, que no lleva a sus últimas consecuencias la implícita apelación a la disciplina que consta en la letra escrita; a lo que el vicerrector, momentáneamente impotente ante el caos desencadenado por el rebelde, replicará: "Imbécil, ¡es justamente nuestro programa!".

Argumento, pues, rico en sugerencias, que Bellocchio evita hábilmente reducir al empirismo de los alumnos y profesores, para dar el contrapunto de los subalternos de las cocinas, homúnculos subnormales explotados por los curas y entre los que se alzarán destacada la presencia de un concienciado (Lou Castel, actor favorito de Bellocchio), cuya mirada silente basta para revelar el fondo de absurdo y crueldad oculto tras la aparente catarsis de pánico y "contrapoder" orquestada por el aprendiz de superhombre.

Película barroca, desquiciada a ratos formalmente, sus valores granguitalescos no son los menores. Como es habitual en Bellocchio, la puesta en escena resulta subyugante, y posee una fuerza y un humor macabro que acallan los indudables e intermitentes "pases de rosca". Quienes gustaron de "El joven Törless" hallarán en este film un enfoque más próximo a nuestros trasgos y miserias morales, o sea, a lo que el poder cuidó bien de echarnos encima desde pequeñajos. ■ INTERINO.

## TEATRO

### Andalucía: unas jornadas críticas

La repercusión del nuevo proceso político sobre nuestra izquierda ha sido, lógicamente, diversa. En muchos sectores, la "esperanza" en las grandes soluciones —y, en el fondo, tan reaccionario es creer que un general "salvará" al país con su vida como con su muerte— ha desembocado en la actitud escéptica o en el catastrofismo. Otros, aferrados aún a la esperanza, proclaman idealismos radicalmente incompatibles con nuestra realidad política, económica y cultural. Otros, en fin, intentan actualizar y llevar adelante, asumiendo las nuevas circunstancias, un trabajo que logró salir a flote en los tiempos más difíciles.

En el campo específico del teatro, sería fácil citar ejemplos que corresponden a cada una de estas respuestas. Refiriéndonos estrictamente al teatro independiente, quiero comentar las llamadas I Jornadas de Teatro Andaluz, cuyo ámbito popular las hace singularmente significativas. Se han desarrollado, exactamente, en Puerto Real, promocionadas por varios grupos locales acogidos al Ente Cultural Puertorrealense, con debates en lo que fuera un antiguo tele-club, y representaciones en la ex capilla de la Escuela de Formación Profesional. Las representaciones han sido tres, todas ellas, por diferentes razones, de interés: "Las criadas", de Genet, por el Teatro Carrusel, de Cádiz; "El bello Adolfo", sobre textos de Brecht, por el grupo Mediodía, de Sevilla, y "Don Perlimplín con Belisa en su jardín", de García Lorca, por Esperpento, también de Sevilla.

El tema general de los debates ha sido un análisis del teatro independiente y la evidencia de que se trata de un movimiento fuertemente condicionado por el papel político desarrollado a lo largo de muchos años. Convertido, pese a las muchas limitaciones de que fue objeto, en una de las expresiones culturales más claras de la resistencia a la dictadura, es lógico que cargara en su trayectoria poética con cuanto era propio de esa función: desde el predominio de la intencionalidad estrictamente política a las relaciones de complicidad —se trataba, sobre todo, de burlar a la censura— entre el espectáculo y el espectador.

La cuestión estaría ahora en que tales coordenadas han cambiado, y, consiguientemente, en que es necesario plantearse una nueva poética. El que un día fuera "teatro de resistencia" teatro de urgencia, ha de articularse como un teatro democrático. Si, pese a tales planteamientos, sigue siendo un teatro marginal, ello no hace más que evidenciar una de las graves contradicciones de nuestra época, en la que, junto a la institucionalización democrática, perviven múltiples formas del pensamiento anterior. La cultura es un concepto elitizado y, a la vez marginado de nuestra vida cotidiana. Así ha sido, con toda lógica, en tantos años de paternalismo; lo que ahora se plantea es la adecuada inserción de la cultura en nuestra vida social, como factor inseparable de la libertad, de la crítica y de la participación responsable en la acción política. El problema no está en conseguir que la gente vote, sino en la madurez de su voto.

De todo esto se habló claramente en un pueblo gaditano. Todos los grupos allí presentes aceptaron y formularon la necesidad de superar los límites heredados del período en que fueron, sobre todo, una manifestación de resistencia política, una respuesta mediatizada por la necesaria lucha contra la dictadura. La voluntad de insertarse en la nueva realidad a través de la práctica, de eludir la adhesión ideológica del público como hipótesis de trabajo, de recobrar la función lúdica del teatro, de insertarse en los movimientos colectivos, y, sobre todo, de rechazar cualquier forma de nostalgia —y la "decepción" quizá sea una de sus expresiones más sutiles—, fueron algunas de las afirmaciones de quienes, a fin de cuentas, como hombres de cultura, se plantea-

"Don Perlimplín con Belisa en su jardín", de Lorca, por el grupo Esperpento, de Sevilla.

